

SERMON

DE SAN AGUSTIN.

(DE GONZÁLEZ.)

Sicut exhibuistis membra vestra servire immunditiæ, et iniquitati ad iniquitatem, ita nunc exhibete membra vestra servire justitiæ in sanctificationem.

Como para maldad ofrecisteis vuestros miembros que sirviesen á la inmundicia y á la iniquidad, así para santificación ofrecéd ahora vuestros miembros, que sirvan á la justicia.

A los romanos, c. 6. v. 19.

Si los objetos verdaderamente grandes reclaman como de justicia los grandes talentos para formar su apología, no ha sido pequeña mi temeridad, al aceptar la comision en que me hallo empeñado. Mi decidido afecto, mi gratitud al héroe, cuyas virtudes celebramos, ha precipitado mi resolución, sin dejarme comparar el peso que tomaba sobre mí, con la debilidad de mis fuerzas. Oh! ¿qué podré yo decir de un sabio, de un cenobita, de un obispo, de un prodigio de virtud, de un Agustín, en cuyo elogio se han ejercitado todos los talentos de dentro y fuera del catolicismo, habiéndole dado uno solo los honoríficos títulos de Padre de los Padres, maestro de los doctores, igual á los apóstoles en el celo, á los profetas en el conocimiento de los misterios, á los ángeles en el fervor de la caridad; y ya que no igual, semejante á Jesucristo en la santidad de su vida? Qué podré yo decir de un Agustín, cuyo panegírico se ha formado de intento por los vicarios de Jesucristo, y por la misma Iglesia reunida en los Concilios, sin que se crea por eso, que los elogios han llegado á igualar á su mérito?

Al recordar todo esto, me digo á mí mismo, lleno de confusión y cobardía, ¿es este aquel orgulloso filósofo, aquel hijo ingrato y rebelde, aquel inconsiderado escéptico, aquel insensato maniqueo, aquel jóven licencioso y abandonado que, agita-

do por las mas vergonzosas pasiones, camina sin freno por la senda de la perdicion? Ah! el mismo es sin duda, aunque milagrosamente trasformado. Feliz trasformacion! en ella se manifiesta con mayor brillo el omnipotente influjo de la divina gracia; con ella se consolida mucho mas la prudente confianza que debe animar á los pecadores, para que busquen su felicidad por medio de la penitencia: y ved ya declarado en esto el objeto de mi oracion; pues me ceñiré á esta idea, como la mas sencilla é interesante al mismo tiempo para nosotros, y como la mas humilde y agradable al héroe que voy á presentaros como modelo de la verdadera penitencia.

Me avergüenzo seguramente solo al pronunciar desde la cátedra sagrada el nombre de un orador tan consumado. Oh! ¡si me fuera posible imitar siquiera el ménos perfecto de los panegíricos con que él celebró las virtudes y glorias de otros santos! pero me conozco destituido de todas las cualidades que le hacen tan recomendable entre los justos apreciadores de su mérito.

Sin embargo, gran Dios, yo sé que sola vuestra sabiduría pudo hablar por los labios de Agustino; que él nada pudiera sin vuestra gracia; y que esta no depende de las disposiciones naturales del hombre: dignaos pues concederme la que necesito, para promover vuestra gloria y la edificacion de este cristiano auditorio, recordando las virtudes de vuestro siervo. Así os lo pedimos por la intercesion de vuestra madre santísima. *Ave María.*

¡Qué sábia es la providencia de Dios, y por qué medios tan contrarios, al parecer, dispone las cosas á la consecucion de sus altísimos fines! Nada mas malo que el pecado, y no obstante, sin que nunca pueda querer el Señor que lo cometan los hombres, convierte los desórdenes, á que estos se abandonan por su propia malicia, en ocasion y fuente de beneficios espirituales para los mismos pecadores y para los demas hombres. ¡Qué humildad, qué desconfianza de sí propio; qué conocimiento y amor á la bondad infinita; qué tierna compasion á sus hermanos no proporcionó á san Pedro su execrable negacion! Hubiera aspirado jamas la Magdalena á un grado tan sublime de amor de Dios, si no hubiera palpado las bondades de este Señor, que le perdonó tan graciosamente sus enormes y escandalosas torpezas? Agustín...

Pero qué voy á hacer! en el dia destinado para celebrar las glorias de este santo me será permitido hacer un recuerdo individual de los desórdenes que en cierto modo pudieran oscurecerlas? Ah! no temáis que abusando sacrílegamente del sagrado lugar que ocupo, y del santo ministerio que ejerzo, profiera expresiones que puedan servir de escándalo á las almas inocentes que me escuchen, y á las que deseo y estoy obligado á edificar con mis palabras. Usando pues de la mayor circunspeccion, os diré que Agustin fué pecador; un pecador insigne. Su orgullo, y el funesto deseo de una total independenciam oscurcieron su entendimiento hasta el punto de precipitarle en los mas groseros errores, en una herejía absurdísima, en una duda universal, en extremo indecorosa á la razon; y como es consiguiente, á pesar de las protestas de tantos hipócritas reformadores, encendieron en su corazon el voraz fuego de la lascivia, que le condujo al goce de los mas vergonzosos placeres. En vano le instruye, le exhorta y amonesta una madre digna de mejores hijos: en vano le sigue á todas partes, atropellando por mil trabajos y peligros, con el fin de salvarle de otros mas terribles aún: en vano, al ver frustradas sus piadosas diligencias, se deshace en un amargo llanto, lamentando angustiada la ceguedad de su amado hijo, y pidiendo con las mas vivas ansias al Señor le envíe su gracia, para que pueda desengañarse y convertirse: en vano... Pero el Señor ¿ha tenido jamas corazon de piedra ó de bronce, que no se ablande con las lágrimas de un alma poseída de la verdadera caridad? ¿Podria un Dios de amor cerrar las puertas de su misericordia á los ruegos que se le dirigian por una madre tierna y piadosa, implorando el remedio á tan deplorable desgracia? Las oraciones continuadas del justo ¿podian ser estériles en la presencia de un Dios, que no sabe desechar los ruegos de los mas obstinados pecadores?

Adorable Providencia! tú has permitido los extravíos de este jóven inconsiderado, para que palpe la debilidad de la razon, la futilidad y miseria de los bienes del mundo, la dependencia inseparable de la idea de criatura, la absoluta necesidad de buscar en el Bien infinito la quietud, que no pueden proporcionarle todos estos bienes limitados, efimeros, aparentes, estos verdaderos males: tú consentiste que Agustin fuera un gran pecador. Ah! preparabas en él á tu Iglesia el mas sabio maestro y el

defensor mas acérrimo de tu gracia; y era conducente al efecto, que experimentara en sí mismo la deliciosa suavidad, el poder irresistible de su influencia. ¡Qué voz tan encantadora diriges á su corazon, que le derriba como á Saulo; le desengaña, le humilla, le transforma; le arranca de entre las garras del Dragon infernal; rompe las duras cadenas del error que le aprisionaban, y le gana completamente para la Religion y la virtud!

Enjuga tus lágrimas, atribulada Mónica; cálmese tu agitacion; pon fin á tu congoja: es poco; conviértase tu pesar en indecible júbilo, y dá las mas rendidas gracias á este padre bondadoso, á cuya dichosa casa ha vuelto ya este Pródigo reconocido. Mirale; no dudes que es el mismo: mirale postrado á los piés del célebre obispo de Milan, abjurando sus errores; detestando sus extravíos; renunciando á todo lo temporal y perecedero; pidiendo con ansia y recibiendo con indefinible satisfaccion el baño salutífero que le libra de la muerte, y le asegura el derecho á la verdadera vida. Oye para tu consuelo el célebre himno, con que uno y otro tributan al Señor las gracias por un beneficio tanto mas apreciable, cuanto ménos merecido era.

Ya se fijaron sus ideas: su entendimiento desterrando el error y las dudas, se abrazó estrechamente con la verdad; con esa verdad de la que será en lo sucesivo el maestro mas celoso y el apologista mas elocuente. Su corazon, desprendido ya de cuanto pudiera fomentar ó halagar sus pasiones, se ha decidido de un modo irrevocable por el partido de la virtud, de que será el predicador mas infatigable y el modelo mas perfecto. Ya dejó de ser el Agustin pecador, y se ha convertido en un dechado de la verdadera penitencia. Su conversion no es aparente, variable, sospechosa: jamas, jamas volverá á tragar el mortífero veneno del crimen, de que afortunadamente se ha descargado por un vómito saludable. No deja los vicios, porque le inhabiliten para continuarlos la enfermedad ó la vejez, y con el perverso designio de reemplazarlos con otros mas proporcionados á su situacion. Despues de haberse entregado al desórden en su juventud, no se dará por satisfecho con un recogimiento forzado, y con una fútil y sacrílega exterioridad de devocion: Agustin está bien persuadido á que la penitencia es una parte de la mas exacta justicia, por la que se deben resarcir completamente los daños que se han irrogado, reparar el honor que se ha vlu-

rado, y satisfacer las injurias con que la divina Majestad ha sido ofendida: sabe muy bien que, segun las expresiones del grande Apóstol (cuya vida es al vivo retratada en la suya, y cuya lectura forma sus mayores delicias), así como el pecador hizo servir al vicio todos sus talentos y miembros, así el penitente está en obligación de emplearlos todos en el ejercicio de la virtud: lo sabe, y en esta persuasión se decide por la penitencia. Abandona para siempre los caminos de la iniquidad, y corre precipitado por la senda de la virtud. Se avergüenza, se contrista al recordar sus antiguos crímenes: sus tiernos y continuados suspiros, sus abundantes lágrimas, sus amorosos coloquios con el Señor, su retiro, su privaciones, todas sus obras dan un testimonio nada equívoco del agudo pesar con que le atormenta la memoria de las culpas, con que ha ofendido á un Dios, que nunca podrá ser amado como merece su bondad infinita. Oh! no habia sacrificio á que no se sujetase, para reparar el honor ultrajado de la Majestad divina; pero el hombre, el pecador ¿será capaz de dar una reparacion semejante?

Esta sola consideracion le haría desmayar, si no profesara á su Dios un amor tan vehemente; si no confiara en su generosidad sin límites; si no tuviera pruebas tan palpables de la infinidad de su misericordia. Con esta confianza se alienta, se resuelve, emprende cuanto le sea posible en obsequio de su Dios; á cuyo fin se consagra á él todo entero, y por todos los momentos de su vida. Aquella razon, orgullosa é idólatra de sí misma, se somete, se humilla, reconoce la inefable veracidad de un Dios que ha tenido la dignacion de hablar á los hombres; se persuade á que es incomparablemente mayor la esfera de la omnipotencia divina que la de la limitada comprension del hombre; hace callar los gritos de su ignorancia; cree con firmeza, estudia con ansia, explica con claridad, y defiende con teson los misterios mas oscuros y difíciles, las verdades mas intrincadas é incomprensibles de la Fe. Consagra su estudio y todas sus fuerzas á combatir el error mismo que habia él abrazado, y á desengañar á tantos infelices, que eran arrastrados al abismo de la perdicion entre las densas tinieblas de la incredulidad. Sus admirables talentos, su rara erudicion, sus extraordinarias virtudes, á pesar de la vigorosa resistencia que opone su profunda humildad, le conducen al santuario; le elevan al sacerdocio; le subliman al pontificado. Entónces, no de otra manera

que, al presentarse el sol en el horizonte, desaparecen de improviso las tinieblas, dejando iluminada y reanimando á toda la naturaleza; así al colocarse en la Iglesia este astro luminoso, se disipan completamente, huyen precipitados y como desparvoridos todos los errores, y aparece la verdad en todo su brillo y esplendor.

Retiráos, insensatos idólatras, retiráos á ocultar vuestra confusion en el abismo; vuestros débiles ojos quedarán enteramente deslumbrados á presencia de la luz que se difunde por los libros que él intituló *De la ciudad de Dios*. Abatid vuestro orgullo, filósofos soberbios; todos vuestros sofismas quedaron desvanecidos en el *Tratado de la verdadera Religion*. Desventurado Arrio, impíos Macedonio y Sabelio; no tengáis la osadía de comparecer donde quiera que haya noticia del admirable libro *De la Trinidad*. Huíd luego, maniqueos sofistas, si no queréis exponeros á sufrir la misma suerte que vuestros dignos jefes Fausto y Félix. Pensáis todavía, Donato y Novaciano, atizar el fuego de la discordia, y rasgar la túnica inconsútil de Jesucristo, despues que ha visto la luz pública el libro *De la unidad de la Iglesia*? Hipócrita Pelagio! ¿osarás dirigir aún tus tiros contra la gracia del Redentor, cuando Agustino te ha quitado ya la máscara; ha demostrado la monstruosidad de tu secta, y opuesto demostraciones irresistibles á las sofisticas y fútiles cavilidades del astuto dialéctico Juliano? Y para decirlo de una vez, ¿qué herejía, qué cisma, qué errores ha habido en su siglo, en los anteriores y en los siguientes, que no se hayan desvanecido con la doctrina, con el celo, con la erudicion de san Agustín?

Mucho es lo que puede decirse de su infatigable trabajo por aclarar en el modo posible los misterios, proporcionar algun conocimiento de ellos á la capacidad de los mas ignorantes, y exhortar á todos los hombres al ejercicio de una sólida virtud; mucho, repito, pudiera decirse; pero ¿á qué acumular elogios sobre los que le han prodigado tantos sabios, tantos Padres de la Iglesia, tantos vicarios de Jesucristo, toda la Iglesia congregada en los Concilios, y hasta los herejes mismos á pesar del odio encarnizado que le profesan? ¿Qué testimonio mas auténtico pudiera darse del sumo aprecio que se ha merecido este santo Doctor, que el que positivamente han dado los mas disimulados y perjudiciales de sus enemigos, que para ejercicio de

Los creyentes inundan y persiguen la Iglesia del Salvador; los ansenistas, digo, que para diseminar por el mundo sus errores, quieren hacerlos pasar como hijos del ingenio de Agustín?

Hombres inicuos, infatuados filósofos, llenos de dolo é hipocresía; sois discípulos ciegos de Agustín? ¿No está bien manifiesto en sus profundos é inmensos escritos el modo que tuvo de combatir el arrianismo? ¿No habéis leído en alguna de sus páginas, *habló Roma, habló el vice-Dios en la tierra; la causa es concluida?* Y no obstante haber pronunciado Roma innumerables veces la condenación de vuestras impiedades, vosotros la despreciáis, sin que sus horrendos anatemas hayan producido en vosotros la mas leve impresión. Si para discernir entre el error y la verdad recusáis todos los jueces admitiendo solo la Escritura; ¿podéis ignorar que Agustín decía terminantemente: *Ego vero Evangelio non crederem, nisi me Ecclesie catholice moveret auctoritas?* Hé! quitáos ese disfraz, que no puede servir de otra cosa que de manifestar hasta la evidencia vuestra perfidia, porque quedando descubierta esa furiosa diabólica soberbia que abrigáis en vuestros corazones, que os domina, que os abrasa, es imposible que pudierais pasar por otros Agustinos, que son el dechado de la humildad.

De la humildad! Sin detenernos á escuchar los elocuentes discursos de los innumerables panegiristas de este santo, que aseguran sin el menor recelo, que nadie le ha llevado ventaja alguna en la práctica de esta sublime virtud; es indudable que miraba con menosprecio, y aún con aversión, los honores, suponiéndolos incompatibles con la enorme vileza en que le habia sumergido su pecado: que se creía indigno hasta del escaso y grosero alimento que se veía precisado á tomar para conservar su existencia, al mismo tiempo que llegaba su generosidad al extremo de vender los vasos sagrados, para remediar con su valor las necesidades de sus hermanos; que descargando continuamente sobre sí los golpes de la mas austera penitencia, le parecia poco, nada, comparado con el número y gravedad de sus culpas; que... pero es imposible referir en un breve discurso las innumerables pruebas de su humildad. Los libros de sus *Retracciones* y los de sus *Confesiones*, obras de un mérito inconcebible, que ni tuvieron modelo que imitar, ni han tenido,

acaso tendrán copia que las imite; estas producciones originales han sido, son y serán justamente consideradas por todos

los que saben apreciar su mérito, como una prueba evidente de lo mas sublime, de lo mas prodigioso, de lo mas heróico de la humildad.

Qué confusión para nosotros, espíritus soberbios, que tanto y con tan diabólico disimulo nos vanagloriamos del don de Dios, que acaso, acaso, no tenemos; que con unos labios falaces é hipócritas publicamos, afectando rubor y confusión, nuestra indignidad, nuestra vileza, siendo así que se encienden en nuestros corazones el furor, la ira, la rabia, la desesperación, apénas alguno de nuestros hermanos, movido de una santa caridad, nos advierte los defectos que tanto nos envilecen en presencia de Dios y del mundo! Pero no es extraño, porque nosotros estamos poseídos del amor propio, y Agustín lo estaba del amor de Dios: este era el blanco de todos sus pensamientos, deseos, ejercicios, penitencias y trabajos: este inundaba su corazón, poniéndose de manifiesto en todas sus acciones. Donde mas se deja advertir es en sus escritos: no es posible leer con atención sus *Meditaciones*, sus *Cartas*, sin sentirse abrasado interiormente de aquel divino fuego que le inspiraba para escribirlos. Ni ¿qué otro objeto pudo proponerse en su predicación nunca interrumpida, en las impugnaciones de tantas herejías, en la explicación de todos los misterios, en la formación de aquella admirable *Regla* que condujo tantos pecadores á la penitencia, tantos justos á la perseverancia, tantos tibios al fervor, tantos mundanos y sensuales á la soledad y al retiro; aquella regla que practicada con exactitud por sus hijos, y adoptada por los ajenos ha dirigido tantos monasterios; ha hecho amables la virtud á tantos cenobitas, la mas austera mortificación á tantas vírgenes delicadas; ha suavizado, allanado, facilitado el camino del cielo, pasando de diez y seis mil las almas que por este medio han sido admitidas en aquel reino feliz; dejándolo expedito para todos los cristianos?

No puede haber la menor duda; el amor de Dios es el que dirigia todas las operaciones del grande Agustín; y su constante anhelo fué inspirárnoslo, para lo que se valió de todos los medios imaginables: á nosotros pertenece corresponder agradecidos á tan nobles deseos. Ofrezcamos en sacrificio al Señor todo cuanto poseemos, puesto que todo lo hemos recibido de su mano benéfica y liberal, imitando escrupulosamente la conducta del Agustín prodigiosamente convertido y penitente.

Amemos, como él, el retiro, la mortificacion, el trabajo, la humildad : amemos á nuestros hermanos é inspirémosles el amor á Jesucristo. Vosotras con especialidad, las que por vuestra profesion os habéis impuesto una obligacion de seguir la regla de este prodigio de la gracia, de la penitencia, de la virtud, no os separéis un solo paso de la senda que él os ha trazado : mortificád incesantemente vuestras pasiones : sed humildes, pacientes, resignadas ; amád la pobreza ; amád al Señor : amaos á vosotras mismas : manifestád en vuestra conducta que aprendéis en la escuela de tan insigne maestro, que sois hijas de tan esclarecido padre, y seréis un dia eterno compañeras de la gloria de tan prodigioso santo. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA DE SAN AGUSTIN,

DOCTOR DE LA IGLESIA.

(DE TRONCOSO.)

Exiit vincens ut vinceret.

Salió victorioso de sí mismo , para despues continuar sus victorias.

Apocalipsis, c. 6. v. 2.

Glorioso es, al par que magnífico, el espectáculo que en todas épocas ha ofrecido la Iglesia á los ojos del hombre observador. Desde su misma cuna se nos presenta ya victoriosa de tantos y tan encarnizados enemigos que, circuyendo en su derredor cual canes famélicos, pretendian hacerla su víctima. Más de una vez se vió fluctuar la navicilla de Pedro en medio de las furibundas olas del error y de la mentira ; pero, sostenida siempre por el brazo del Omnipotente, regida por el aura suave del espíritu de verdad, perfeccionó su rumbo á través de mil escollos, y llegó al puerto, entonando himnos de triunfo y de victoria. En efecto, señores ; combatir siempre y siempre triunfar, tales fueron los destinos de la Iglesia desde su fundacion, y lo serán hasta la consumacion de los siglos ; y por mas que el averno breme y suscite mil y mil monstruos que la declaren la mas cruda guerra, su victoria no podrá ser dudosa, porque no puede serlo aquella palabra eterna consignada en el divino Código : « Yo estoy con vosotros, y con vosotros permaneceré hasta el fin de los tiempos : *Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem sæculi* (1).

(1) *Matth. c. 28. v. 20.*